

El centenario de la Sinfonía Dramática

*Et, debout devant Dieu, Moïse ayant pris place,
dans le nuage obscur lui parlait face à face.*

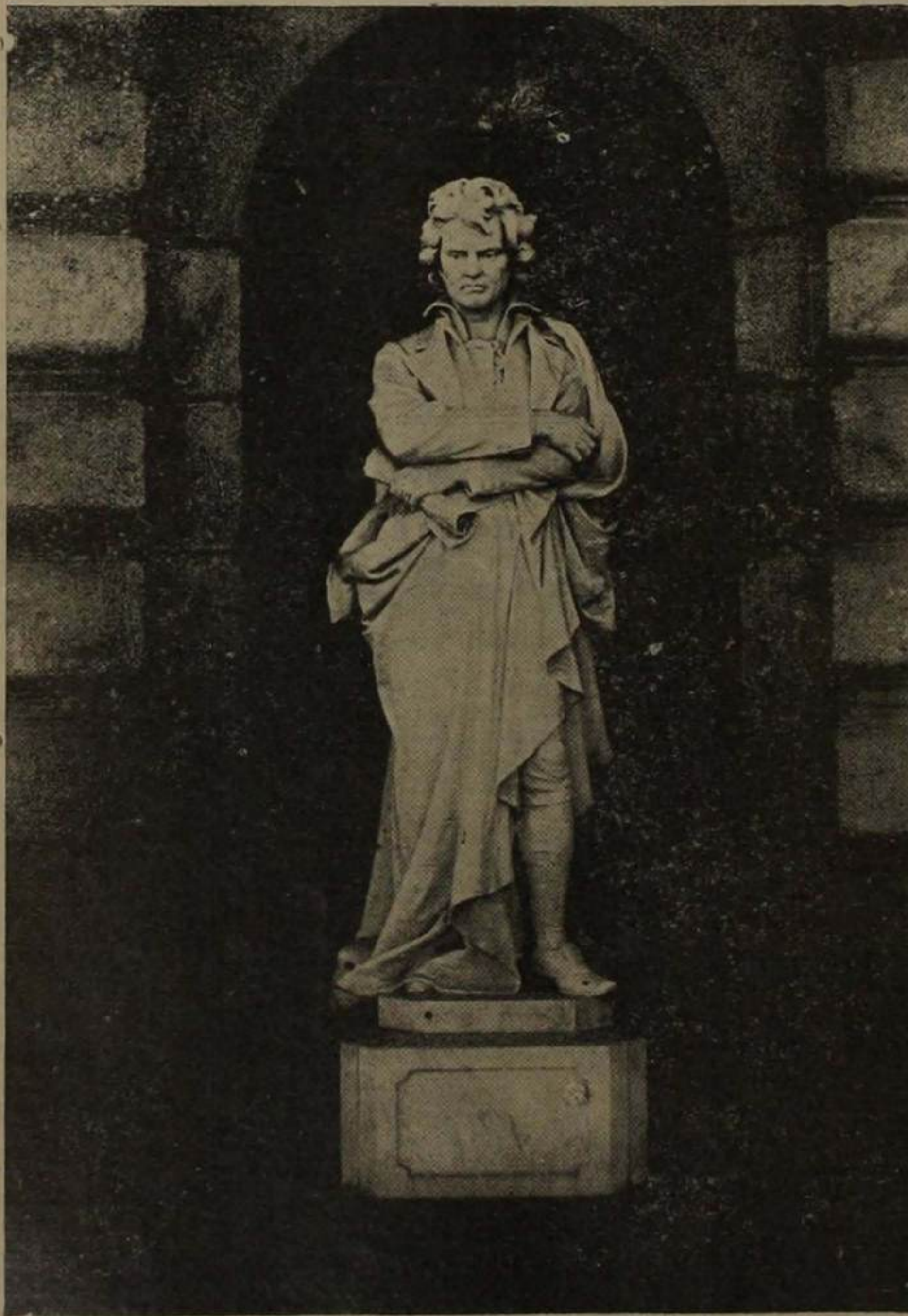
ALFRED DE VIGNY.

1

CELEBRA la Música el centenario de uno de los monumentos de su historia: la Sinfonía en re menor, con coros, ejecutada por vez primera el año de 1824; novena de la serie inmortal en que descuellan la Heroica, la V, la Pastoral y la maravillosa séptima, en la mayor. Descuellan, nos atrevemos a decir, estas creaciones únicas, sabiendo que, como enseña Hugo, «la obra maestra es igual a la obra maestra», y que, por tanto, la gloria de la sinfonía en do menor, indiscutida e indiscutible, o el sublime estupor de que las generaciones musicales han participado al acercarse a la piedad universal que emana de la sinfonía en re menor, no pueden opacar ni deslucir el suave encantamiento milagroso del *adagio* de la IV, o la gracia humorística y fantástica del *allegretto scherzando* de la VIII. ¡La obra maestra es igual a la obra maestra!

En su Ensayo sobre Platón, el humanista inglés Walter Pater dice que «las Ideas platónicas se tratan entre sí como personas». Sí, como divinales personas, como diosas del Olimpo homérico. Son modelos eternos de toda realidad y toda vida, paradigmas indeficientes de cuanto se remueve y palpita en la brumosa «perspectiva indefinida» de la existencia. Ellas son y nosotros pasamos; permanecen cuando desaparecemos y brillarán en su región inalterable si las mismas estrellas se anonadan. Así sucederá con las hermanas victoriosas que surgieron del genio de

Beethoven. Si el gusto de una época las discute o deprime, es porque la época será crepuscular y decadente, no porque la obra sinfónica del más grande de los músicos se eclipse. Hay espíritus cuyo contacto empequeñece a los pequeños y exalta a los grandes. Quien dice mal de Homero, de Shakespeare o de Beethoven, podrá tener ingenio, pero va a permanecer en el purgatorio de las almas hasta lavar su mancha. En el empíreo del arte no entrará, por más que, con su siglo, haya podido plantar un instante su tienda sobre las laderas del Parnaso.



LUDWIG VAN BEETHOVEN

Mármol colocado en la hornacina izquierda de la fachada del Teatro Nacional de Costa Rica.

2

La Sinfonía IX es la más vasta de las creaciones beethovenianas. También, seguramente, la más discutida. Para unos significa la obra maestra del gran músico; para otros, el anuncio de su decadencia irremediable. El romanticismo musical, con sus dos grandes héroes, Berlioz y Wagner, la puso sobre su cabeza y sobre su corazón; pero otros críticos, añorando los ejemplos castizos de Haydn y Mozart, clamaron que se había cometido un sacrilegio al no respetar la esencia de la sonata—una sinfonía es una sonata para orquesta—, al agregar a los instrumentos—ya más copiosos en la IX que en las demás sinfonías—, la voz humana, vehículo supremo del arte, *imperator* genuino de todo músico instrumento.

No obstante, Beethoven reprodujo en su obra ciclópea, los cuatro tiempos clásicos de toda sonata. Primeramente el *allegro ma non troppo*, que irrumpe luego de un pianísimo, con inaudita valentía, afirmando el cetro de la tonalidad en re menor. Este *allegro* es como próemio o planteamiento del terrible drama que se va a iniciar; que se inicia ya por las vacilaciones y los titubeos que lo matizan. En seguida, Beethoven formula el segundo tiempo: *molto vivace*. ¡Admirable, frenético *scherzo*: acaso el más desenfadado y humorístico de cuantos produjo el gran maestro irónico, víctima propicia de los agudos dolores que el alma humana suele sufrir, pero vencedor, al cabo, como todos los héroes capaces de practicar «incomprensibilidades de calidad», según dice Gracián.

(Pasa a la página 271).